

mientras la noche truena

ya no verás, ya no jamás a aquel que parecía
algo tuyo, un ángel
conocido desde siempre, desde el humo pri-
mero de la patria. Te acordás,
jugaba con tus millares de niños a encender su
tabaco en
una estrella, les olvidaba la cena imposible y se
dormían
despacito con un sueño libertador en los labios,
ya no lo verás.
Su compañera arrojaba en tu pieza oscura avion-
citos, gaviotas clandestinas
hachas con borradores de poemas o planos de pa-
lacios, los gurises reían,
aprendían a asaltar los cielos antes que ella los
quemara
con el último fósforo. Vuelan como fogatas, de-
cían los botijas azorados.
Ya nunca la verás, ya nunca los azules místicos
del sur tendrán
el fulgor inenarrable de sus ojos, dos ceibos que
atravesaban
la ciudad en guerra con sus pétalos ocultos como
anunciaciones.
Ya no, ni nunca los verás, exhalaron su última
metralla contra
la doloración que remamos y nos hundimos en el
mismo sitio
náufragos de manos inermes en esta gran putifi-
cación en que el
imperio nos puso para comernos mejor enlatados
a sus puertos
con nuestro aullido cerrado al vacío, como una
bomba de tiempo.
Dirás a los niños que los viste por última vez pro-
nunciando
sus nombres, enamorados inéditos apretaban con
toda su ternura
los gatillos de aquel armamento que descubrieron
una vez
como un tesoro asombroso bajo las tablas de tu
choza. Contáles
que enfrentaron a los monos amaestrados en fort
gulick o a domicilio,
allí dieron su batalla póstuma, dispararon hasta
su propio corazón y
tuvieron donde caerse muertos para que el pobre
se levante vivo y múltiple.
Que les dejaron las gaviotas de papel secreto y
aquel pucho humeantes
por la eternidad para que vuelen, pongan fuego
total a esta miseria y
en los zapatitos rotos les dejaron sus armas con
un beso redentor
y que esos reyes magos dijeron que jueguen en
la piel de los señores

como hombrecitos, en una cartita con un chau y
un montoncito de caricias.
Para tu niña dejaron una muñeca maravillosa que
camina sola y
tabletea a mil manos, de ojos grandes y bellos
como américa
para que la llame revolución, la quiera mucho, la
lleve dondequiera.
Contáles el amor que no se harán jamás aquellos
novios guerrilleros
para que otro amor lleno de amores y siglos sin
parir alumbre un
sol incaico salido de un volcán, mojado por los
dos océanos, inmenso
como el corazón del Che.
Que los hijos que no hicieron serán concebidos a
balazos y los
hijos que dejaron tendrán a la revolución de pa-
dre y madre. Sus besos
inconclusos, la canción que más querían, la garúa
que encantaba sus pupilas
nos lloverá en cada gota una a una sus acciones
de amor interrumpidas,
que esta tierra dará flores con la forma de sus
ojos y el color
de la libertad, que cada uno de ellos se multipli-
có por miles, panes
para que coma la historia que tiene grande el si-
lencio y palabra de tigre.
Que su sangre golpea como olas de caballos hasta
la victoria y siempre
será su amor nuestro jinete inmortal, nuestra sa-
liva
para decir américa te amo y es honroso morir de
ese amor. Deciles
que no lloren, pues no cabe más dolor en estos
pechos y es hora
de arribar a los cuellos opresores con los cuchillos
brillando en sus hojas como espejos aquellos rostros
queridos, que no los
enterramos, no hubo preces parlamentarias, algu-
na que otra puñalada
pacífica en la espalda, pero que los bendijo el
pueblo, su memoria carnal,
yacen en su gran pecho crepitantes, dando ins-
trucciones, planes,
deciles bajito, no hace falta gritarlo, que vence-
remos, nos
descolgaremos de la cruz clavo a clavo, bala a bala
y explicales
que esta leyenda sucedió porque aquellos novios
impercederos
son tupamaros y vendrán mañana a verlos con
gaviotas, con repúblicas

julio huasi